

Pedagogías del desierto¹

Gabriel Giorgi
(NYU)

(Sobre Rodríguez, Fermín. *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Eterna Cadencia Editora. Buenos Aires, 2010.)

Peter Sloterdijk dice que la gran revolución moderna, esa que transformó radicalmente la experiencia humana y la abrió, por así decirlo, a una nueva infinitud, no fue el descubrimiento de que la tierra girara alrededor del sol, sino el hecho, quizá más vertiginoso, de que el dinero empezara a girar en torno a la tierra: eso que arranca los territorios de su pliegue y su interioridad y los arroja un exterior sin retorno que llamamos “mundo” será el flujo imperioso del capital. Creo que *Un desierto para la nación* de Fermín Rodríguez es de los primeros libros que se hace cargo de esa evidencia y la despliega hasta las últimas consecuencias sobre el paisaje del desierto argentino. En efecto, no se trata aquí de localizar el desierto, de mapear sus topografía imaginaria, de narrar la secuencia de sus transformaciones entre las palabras, las leyes, y las guerras que lo atraviesan –no se trata, en fin, de pensar la articulación entre un hecho de la naturaleza (digamos: el desierto) y de los modos en que las culturas y la economía y las leyes de una sociedad lo van transformando y lo vuelven una materia de sentido. Aquí por el contrario el desierto es el puro contorno de una fuerza: un confín o un horizonte atravesado por intensidades e impulsos que nunca se estabilizan en algo así como un “lugar” fijo. El impacto del impulso de la modernización capitalista sobre el desierto argentino (en un sentido, lo que se narra y se piensa en las “escrituras del vacío” de este libro son

¹ Texto leído en la presentación de *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*, de Fermín Rodríguez. Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora, 2010.

recorridos imaginarios y políticos alrededor en torno al latifundio) no hace sino exponer esa naturaleza fluida del desierto: bajo la luz del capital el desierto se muestra como pura potencia. En la encrucijada de esa luz, en los enclaves de territorios, cuerpos y palabras que el capital busca capturar y reordenar, es donde el libro de Fermín conjuga una constelación nueva de textos y de lecturas.

En *Un desierto para la nación* pasa algo clave: el territorio se niega a volverse origen, fundamento, punto de partida. Ya sea en las narrativas de la conquista y de la colonización del desierto (y, por extensión, del continente), ya sea como resistencia “local” y como afirmación de telurismos diversos, el desierto ha funcionado en la imaginación cultural como una instancia de *producción de origen*: las historias empiezan en la resistencia a la conquista y colonización, o en la gestación de algo nuevo –un país– a partir de la llegada a esa nada, a ese vacío. El territorio se vuelve instancia de fundación y origen de la historia o de las historias. Aquí, en cambio, el desierto se niega a jugar ese rol –como si dijese “preferiría no hacerlo...” El desierto no funda, no es fundado, no sirve como fundación ni como fundamento: es contorno, umbral de pasaje, línea de divergencia y de diferenciación. El libro de Fermín Rodríguez es, creo, uno de los primeros que registra esa nuevo despliegue del desierto y lo persigue en la zaga multiplicada de la literatura. Rodríguez lee todo el tiempo el contorno de un espacio que nunca se resuelve, que nunca se puede definir como proyección de una voluntad, un ordenamiento y una identidad, sino que se relanza todo el tiempo hacia algo que todavía no es, o que puede nunca llegar a ser pero que está ahí y que forma parte de la realidad en tanto que potencialidad: “El desierto ha sido una especie de laboratorio onírico de imágenes virtuales que no ha dejado de producir todo tipo de enunciados” (14) dice Rodríguez en lo que constituye, creo, una de las fórmulas del libro. El desierto ahí actualiza un impulso nomádico en los materiales que dan cuenta de él.

Por eso este libro, siendo un libro sobre el desierto, es también un libro sobre la noción deleuziana de virtualidad, sobre la realidad de lo virtual que es lo que verifica todo el tiempo por la literatura. Mejor dicho: es un libro que vuelve inseparable la reflexión sobre el desierto (y, en consecuencia, sobre el territorio y el paisaje) de una reflexión sobre la noción de lo virtual: las escrituras del desierto emergen “en el

umbral que separa lo virtual –lo que existe como posibilidad no realizada de la historia– de lo actual. Porque las ideas, las ficciones –que no se matan– no se oponen a lo real; se oponen a lo actual”; son palabras que “ponen la llanura en movimiento.” (285) Justamente porque trabaja el desierto como línea de pasajes entre lo virtual y lo actual, el libro vuelve imposible toda ficción de originación: el desierto nunca coincide del todo (nunca coincidirá) con la nación, ni con el Estado, ni con la “sociedad” y su historia; tampoco con la cristalización de algo así como una “naturaleza nacional”; está siempre ya en otro tiempo, y entre modos heterogéneos de historicidad. El libro de Fermín Rodríguez cambia la escala de los modos de contar las historias del desierto: en lugar de unas historias culturales, políticas y económicas sobre el fondo silencioso de la “naturaleza”, acá la “naturaleza” salta al primer plano, se vuelve profusión de ruidos, de rumores, de cantos apenas audibles pero imperiosos en el momento de pensar tanto la literatura como la política. “*Un desierto para la nación*” es un libro de hechos culturales contados como historia natural. Entre la planicie del territorio y las acciones de los hombres, en la disimetría irreconciliable entre esas temporalidades, Rodríguez lee la ficción del desierto como un archivo de posibilidades y llamados –el llamado de algo que no se sabe qué es, como aquella inminencia de la que hablaba Borges.

No quiero ocupar demasiado tiempo; solamente déjenme mencionar un momento que tiene lugar en la segunda parte –que recupera el título del libro al que le añade la consigna “poblar”: en esta segunda parte el libro se enfoca en la articulación entre el territorio y los cuerpos que habrán de conformar las demografías soñadas de la nación futura. En este momento, Rodríguez está hablando del *Diario de la expedición al desierto*, de Juan Manuel de Rosas. Allí, observa, Rosas repite día tras día en su *Diario...* la entrada “sin novedad”, como si no tuviera nada que escribir, como las rutinas de esa expedición parecieran no ameritar ninguna entrada de escritura, ningún hecho, ningún evento. “Qué está pasando –se pregunta Fermín– en plena campaña mientras no pasa nada?” (247) Y lo que “pasa” es la construcción de un vacío jurídico, en el lado exterior de la escritura: la gestación de esa zona de excepción intensificada en la que la creación de una población argentina, esa “raza argentina” de la que hablará Ingenieros como tantos otros, pasa por líneas de exterminio de cuerpos y de comunidades.

El desierto se resuelve allí como laboratorio de la soberanía; el espacio en blanco de la ley, desde donde los cuerpos son segmentados y reorganizados en atención a la población imaginada de la nación moderna. El sueño de la población nacional, esa ficción de la que saldrán incesantes violencias argentinas, se sueña sobre todo en y desde el desierto –desde ese límite interior/exterior de la nación y del Estado que es el desierto.

Para terminar: la zaga nacional argentina ha sido insistentemente narrada como la epopeya irónica de unos hombres arrojados a un territorio indolente e incierto y que, de esa nada, hicieron un algo que es la patria. Esa es la fábula moderna del argentino como migrante y de la Argentina como un efecto casi azaroso de viajes sobre una planicie poco acogedora. *Un desierto para la nación* abre otra posibilidad, que es otra historia y otra narración, porque aquí el desierto no es solamente esa nada o casi nada sobre la que se trabaja y se gobierna, sino más bien un confín, un puro umbral y un horizonte exterior, nomádico, en el que se entretajan, cada vez en su singularidad, cuerpos, enunciados e imágenes – y en ellos, el equívoco de un país, la errancia de unos cuerpos que por momentos son argentinos y por momentos no, sobre las líneas de un paisaje en fuga. La pedagogía del desierto escrita por Fermín Rodríguez es una invitación y una guía inapelables para escrituras que atraviesan el presente desde un pasado hecho de desvíos y de singularidades y que coincide con el fondo opaco de lo contemporáneo.